

EL GARBANZAL



FIESTAS POPULARES



LA UNION, 1980

Pregón

por **ASENSIO SAEZ**

SE ciñe el Garbanzal al amor de la torre bien plantada, pulida por vientos y aguaceros, morena por el sol implacable que, como un as de oros, triunfa trescientas sesenta y tantas veces al año en el azul rabioso de los cielos.

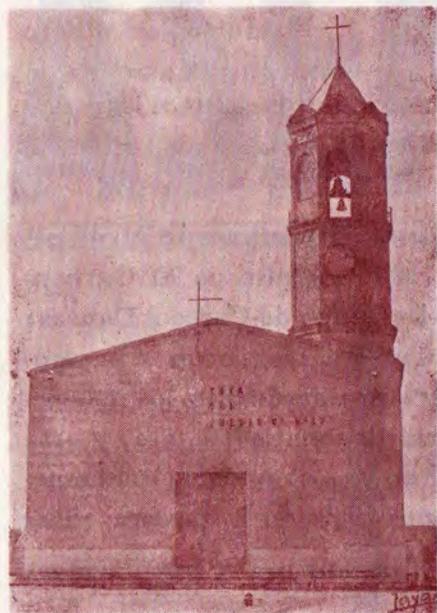
Aunque ciertamente patinada y ennoblecida por el paso del tiempo, palabra que la torre no llega al siglo pues sépase por minucioso y completo informe aparecido en el extraordinario de «El Pueblo, diario de la tarde» (¿1903?), que la primera torre con que contó el Garbanzal tuvo que ser un día demolida, seguramente por hacer válidos aquellos versos que, con intención un tanto chinchadora, aseguraban:

*Las torres que desprecio al aire
(fueron
por falta de cimiento se rindie-
ron*

Reconstruida en 1892 y salvada de la todavía reciente amenaza que a punto estuvo de abatirla al levantar, no con entera fortuna, la actual iglesia, la torre constituye hoy por hoy, el índice señalizador de todos los capítulos del sentimentalismo, centro cardinal de cualquier referencia geográfica, faro catalizador, en fin, de tantas nostalgias y ensoñaciones.

Buscando su más justa metáfora, podría asegurarse que la torre viene a constituir el periscopio por el que el Garbanzal alcanza la óptica de un amplísimo paisaje, extendido hasta la vera misma de los mares, que a pares apuntan en el horizonte: el Menor, de familiares aguas domesticadas, y el Mediterráneo, más jactancioso y bambollero, que no en vano se sabe cuna de civilizaciones.

Subir a la torre es tocar con la mano las sobrias y viriles perspectivas de todos los elementos paisajísticos de la minería, a saber: lavadero y rebalzo, castillete y chimenea, palmero solitario y ancha rambla, «como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco», según la pluma de Andrés Cegarra Salcedo. Estampa para pintores. Viñeta de ricas plasticidades, difuminadas a veces, eso sí, si la ventolera



anda por medio, por las nubes arracimadas, no nacidas de la hermosura de los cielos sino de las mismísimas terreras, paridoras de amenazante simún, recelo y desazón del ama de casa que justifica ante las visitas, recorriendo contrita con un dedo el mueble recién nevado de un terco polvillo.

— Pues les aseguro que pasé el trapo hace un minutico...

Y digo yo que el nativo, habitante de este singular paisaje, llegada la fiesta anual a su Patrona, la Virgen de los Dolores, cordialmente dedicada, habrá de complacerse en la grata remembranza del pasado glorioso — exactamente como los dolores de la excelsa Señora —, sacando a colación los tiempos de las vacas gordas del barrio, pues sí, cuando Almería era Almería Granada era su alquería, precisamente cuando el Garbanzal era el Garbanzal bien que se pavoneó, con entera justicia, de su supremacía sobre Herrerías, acaparando, porque quiso y pudo, la capitalidad del municipio. Y pienso que más de uno le echaría ahora gustoso, un vistazo a aquel acta que, en tinta parda, por decisión del señor alcalde-corregidor de Cartagena, don Manuel Herrera y Guzmán, da fe de la constitución del primer ayuntamiento en el Garbanzal, cuyo cargo de alcalde-presidente viene a recaer en don Antonio Sáez.

Porque las fiestas, por mucho vaquero rosigado y mucho tachín de guitarra eléctrica con que actualmente vengan revestidas, mantienen siempre algo de atadura entrañable, de mirada atrás sin ira, como le gustaba a Osborne; de clarificadora tradición que sigue remitiendo a las auténticas raíces del pueblo.

Vengan, por tanto, en buena hora, las fiestas septembrinas del Garbanzal que, claro está, no pueden ser las mismas de ayer, cuando, al compás de un castizo pasodoble, el jovenzuelo de blusa y alpargatas rozaba una vez al año — «como quien toca el cielo» — la cintura de la moza, todavía sin desodorante, o, cuando echando la casa por la ventana permitido era el lujo de una rumbosa invitación, tras varias horas de «sacar agua» en la verbena: para el paladar femenino, el refresco de grosella; para los recios gustos de la varonía, la «láguena» o el «reparo».

Pasaron los tiempos y todo cambió..

Lo asegura la letra de un conocido cantar. Cambie también, pues, el espíritu de la fiesta y sea bienvenido su inédito perfil, su nuevo talante. Lo que no quiere decir que los festejos de un pueblo, los de un barrio, no sigan siendo — lo seguirán siendo siempre — una parada en el camino, refrescante paréntesis de holganza frente a la fatiga genesiaca del trabajo cotidiano, lúdico y exultante planeta de la ilusión, en fin.

Desde la nostalgia de los mayores y el alborozo de los más jóvenes, esto es, desde el pasado y la esperanza, el Garbanzal convoca a todos a sus festejos con el más entrañable y jubiloso slogan: ustedes lo pasen bien.